

Recibido: 11-02-2013/ Aprobado: 11-03-2013
pp. 45-60

João J. Vila-Chã



EL LLAMADO DEL
CONCILIO VATICANO II
A LA RENOVACIÓN DE
LA EDUCACIÓN CATÓLICA Y
EL PAPEL DE LA FILOSOFÍA

En este trabajo no me propongo explorar todos los detalles de los pronunciamientos hechos por los padres del Concilio Vaticano II sobre la educación; a este respecto, en realidad, no haré más que referirme a la declaración *Gravissimum educationis*, el documento del Concilio relevante de forma más explícita para la cuestión de la educación en un contexto católico. Realmente, mis intenciones aquí son inseparables del hecho de que, en los actuales momentos, me desempeño como coordinador de la red internacional de instituciones católicas dedicadas a la enseñanza y la práctica de la investigación en campos filosóficos. Me refiero, obviamente, a la *Conférence Mondiale des Institutions Universitaires Catholiques de Philosophie* (Comiucap), una red de instituciones y personalidades católicas fundada en Roma en abril de 1999 como consecuencia directa de la publicación de la encíclica *Fides et Ratio* por parte del papa Juan Pablo II, el documento magisterial más reciente emanado de la Iglesia acerca del papel de la filosofía en el marco sistémico de la educación católica a nivel mundial.

En el corazón de esta presentación, por lo tanto, estará la cuestión de encontrar un significado para la actividad educativa de la Iglesia mediante la articulación de estos dos componentes del espíritu humano, a saber, fe y razón. A tal efecto, me gustaría comenzar con una referencia a lo dicho en el numeral 10 de la declaración *Gravissimum educationis* del Concilio Vaticano II acerca del papel y la importancia de las universidades para la vida y la misión de la Iglesia. El documento del Concilio efectivamente afirma, de forma clara, la importancia de las "instituciones de nivel superior, especialmente las universidades" para la vida de la Iglesia y, por tanto, para lo que representa la vida de la Iglesia en el mundo, tanto el actual como el de cualquier época previa a la nuestra. Concentrándose en el tipo de relación que debería perdurar entre la Iglesia y sus instituciones de educación superior, la declaración deja muy claro que la intención de la Iglesia en relación con la educación en el contexto universitario se orienta hacia el objetivo de asegurar que mediante "su constitución misma, se cursen las asignaturas individuales de acuerdo con

sus propios principios, método y libertad de cátedra, de tal modo que, por una parte, se obtenga una comprensión aún más profunda en estos ámbitos; por otra, que pueda alcanzarse una comprensión más profunda de la armonía entre fe y ciencia a medida que se plantean tanto las preguntas ya existentes como las nuevas y se lleva a cabo la investigación de acuerdo al ejemplo de los doctores de Iglesia, especialmente el de Santo Tomás de Aquino". Y esto es así tanto más cuanto que el objetivo a perseguir consiste en que mediante "una influencia pública, duradera y penetrante de la mentalidad cristiana en el avance de la cultura" así como mediante el modelaje de los estudiantes confiados a las instituciones católicas de educación superior, se ofrezca una contribución sistémica a las sociedades en las que estas se hallan presentes. En otras palabras, de acuerdo al Vaticano II la Iglesia siempre debe estar lista para invertir en educación, como quiera que la Iglesia no puede llevar a cabo la misión en el mundo que le ha encomendado Dios sin hombres y mujeres "verdaderamente sobresalientes en su formación, preparados para asumir responsabilidades de peso en la sociedad, así como para ser testigos de la fe". Por otra parte, y todavía en el mismo numeral de la declaración recién mencionada, el Concilio Vaticano II también proclama que

Puesto que el destino de la sociedad y de la Iglesia misma está íntimamente ligado con el progreso de los jóvenes que cursan estudios superiores, los pastores de la Iglesia han de dedicar sus energías no solo a la vida espiritual de los estudiantes que asisten a las universidades católicas, sino que, solícitos respecto de la educación espiritual de todos sus hijos, deben prestar atención a que, tras las consultas entre obispos, incluso en las universidades que no son católicas haya asociaciones y centros universitarios bajo auspicios católicos en los cuales sacerdotes, religiosos y laicos, seleccionados y preparados cuidadosamente, ofrezcan permanente ayuda espiritual e intelectual a la juventud de la universidad. Tanto en las universidades católicas, como en las demás, debe ayudarse especialmente a los jóvenes con capacidades destacadas que se muestren aptos para la enseñanza o la investigación; igualmente, debe alentárselos a asumir la carrera docente.

Obviamente esta instrucción eclesiástica tiene una enorme relevancia práctica y debe seguir siendo obedecida y considerada de forma cuidadosa. Pero el asunto que más me interesa aquí es más bien el vinculado con la recomendación explícita de los padres del Concilio, en el sentido de que "las universidades católicas estén ubicadas convenientemente en diferentes partes del mundo", por lo cual el Concilio también añade inmediatamente que lo más importante a ser tomado en consideración respecto de la universidad católica consiste en considerar que la señal de excelencia de cualquier sistema

de educación superior no ha de buscarse, en primer lugar, en números que meramente crecen, sino más bien en la calidad intrínseca que pudiera dar cualquiera de los posibles indicadores acerca del carácter “sobresaliente” de la “búsqueda del conocimiento” en cualquier educación católica. La declaración sobre la educación católica hecha por el Vaticano II insiste, pues, en el principio de acuerdo con el cual el acceso a las universidades católicas “se ponga a disposición de los estudiantes realmente promisorios, aún cuando sean de medios modestos, y en especial de los estudiantes de las naciones emergentes”.

Por otra parte, los padres del Concilio también reconocen que “por cuanto la ciencia avanza mediante investigaciones propias de los estudios científicos superiores”, las instituciones católicas de enseñanza superior deben prestar atención especial a todo aquello que hace posible el “desarrollo de la investigación científica”.

En mi opinión, nadie ha expresado el significado justo de una universidad católica mejor que el beato cardenal Henry Newman. En realidad, estoy convencido de que el cardenal Newman anticipó verdaderamente el espíritu del Vaticano II, al menos en tanto y en cuanto una de las constantes en las reflexiones de Newman sobre la idea de universidad consiste en el reconocimiento del papel que están llamadas a desempeñar tanto la filosofía como la teología en la arquitectónica de una verdadera universidad católica. Por consiguiente, a continuación trataré de ofrecer algunas palabras en torno a una comprensión plausible de las razones por las cuales la promoción de la filosofía en un contexto católico es un asunto de verdadera relevancia para la autocomprensión de la Iglesia surgida a partir del Concilio Vaticano II. Sin embargo, antes de continuar, me gustaría hacer una nueva referencia a la declaración *Gravissimum educationis*, en esta ocasión a su numeral 12, a saber, ahí donde, justo antes de la conclusión del documento, se ofrecen algunas consideraciones a fin de reiterar la importancia dada por los padres del Concilio a lo que, en mi opinión, merece ser denominado un llamado fundacional a favor de un espíritu de cooperación verdadero y sistemático entre las instituciones católicas de educación superior. En ese numeral 12 del documento del Vaticano II llegamos a leer que:

La cooperación está al orden del día. Se incrementa más y más para atender la demanda a nivel diocesano, nacional e internacional. Puesto que es completamente en cuestiones escolásticas, deben emplearse todos los medios a efectos de promover una cooperación apropiada entre las instituciones educativas católicas, y entre éstas y otras instituciones educativas debe desarrollarse esa cooperación requerida para el bienestar de toda la humanidad. De una coordinación y un empeño cooperativo

mayores se derivarán frutos mayores, particularmente en el área de las instituciones académicas. Por lo tanto, que en todas las universidades las diversas facultades trabajen mutuamente con esta finalidad, en la medida en que sus objetivos lo permitan. Además, que las universidades se empeñen también en trabajar de manera conjunta promoviendo encuentros internacionales, compartiendo entre sí investigaciones científicas, comunicándose sus descubrimientos, desarrollando intercambios profesoriales de forma temporal y promoviendo todo aquello que sea conducente para un apoyo mayor.

Confieso abiertamente que mi intención actual es inseparable de mi deseo de subrayar la importancia de una red como COMIUCAP, la cual hace su entrada en la escena eclesíastica como una manera específica de implementar ese desiderátum de cooperación expresado por el Concilio Vaticano II. Huelga decir que no puedo reconstruir aquí la historia de todas las iniciativas de la Iglesia en el ámbito educativo, y menos aún todas las discusiones que condujeron al papa Juan Pablo II a la publicación, en 1998, de la encíclica *Fides et Ratio*. Pero debemos enfatizar el hecho de que es este un documento de gran importancia para el filósofo cristiano, al menos en la medida en que intenta responder a la así llamada *crisis* en la cual se halla inmersa la filosofía¹. En efecto, en una época en la cual tantos proclamaban el rechazo a la filosofía, el papa Juan Pablo II, hablando en nombre de la Iglesia universal, dejó claro que para los católicos el discurso acerca del “fin de la filosofía” o del “fin de la metafísica” no debería determinar las políticas o los objetivos pedagógicos de las instituciones católicas. Por supuesto, los filósofos católicos tienen libertad de pensamiento dentro de los límites de la responsabilidad eclesíastica y social; pero la libertad de pensamiento nunca ha de confundirse con la libertad de destruir o aniquilar una de las “instituciones” más importantes de la enseñanza y la praxis académica católicas a lo largo de los siglos.² Creo que esto constituye uno de los servicios más importantes que prestó *Fides et Ratio* a los filósofos y educadores católicos a lo largo del mundo, al menos en tanto confronta a las instituciones católicas dedicadas a la enseñanza y la investigación con la necesidad de valorar, de una forma nueva, el rol irremplazable que tiene que desempeñar la razón a efectos tanto de entender la fe cuanto de otros objetivos imperativos y cruciales, como la búsqueda de la verdad y la promoción de la justicia social. Efectivamente, me parece que tanto el ámbito cognoscitivo como el social son impensables al margen del ámbito propio y vital de la sabiduría. Por esto son importantes las palabras del papa Benedicto XVI, ofrecidas en septiembre de 2008 en ocasión de la audiencia concedida a los participantes en el Congreso que precisamente la

1 Cf. Juan Pablo II. (1999), *Fides et Ratio*.

2 Cf. Vila-Chã, J. J. (2002), *Fé e Razão: Notas de Complementaridade*.

COMIUCAP promovió y celebró en Roma a fin de celebrar el décimo aniversario de la publicación de *Fides et Ratio*. Las palabras del papa Benedicto XVI que quisiéramos destacar aquí son las siguientes:

(...) Una mirada atenta a la Encíclica "Fides et ratio" permite percibir admirablemente su duradera temática; revela la profundidad visionaria de mi inolvidable predecesor. En efecto, la Encíclica se caracteriza por su gran apertura a la razón, especialmente en un período en el cual se teorizó sobre la debilidad de aquella. Juan Pablo II, por otra parte, subraya la importancia de combinar fe y razón en su relación recíproca, si bien respetando también la esfera de autonomía de cada una. Con este Magisterio la Iglesia ha proclamado una necesidad que brota en el contexto cultural contemporáneo. Ha escogido defender el poder de la razón y su capacidad de alcanzar la verdad, presentando la fe una vez más como una forma especial de conocimiento, gracias a la cual nos volvemos receptivos a la verdad de la Revelación (cf. "Fides et ratio," no. 13). Leemos en la Encíclica que debemos confiar en las capacidades de la fe y no fijarnos metas que son demasiado modestas "la fe es lo impulsa a la razón a moverse allende todo aislamiento y a correr riesgos voluntariamente, a fin de alcanzar todo lo que es bello, bueno y verdadero". Además, es con el paso del tiempo como se vuelven manifiestos los logros de las metas fijadas por la razón y motivadas por la pasión por la verdad (...). La búsqueda de la verdad da más fruto cuando se apoya en el amor por la verdad. Escribía Agustín: "Aquello que se aprehende con la mente se aprehende conociéndolo, pero no puede conocerse perfectamente ningún bien a menos que se lo ame perfectamente". ("De diversis quaestionibus," 35, 2)³

Esta larga cita muestra cómo una descripción fenomenológica pertinente acerca de la situación cultural de nuestro mundo contemporáneo lleva al papa Benedicto a elucidar lo que, a su entender, se manifiesta claramente como la indispensabilidad tanto de la filosofía como de la teología para la Misión de la Iglesia. En realidad, estoy convencido de que para el Santo Padre tanto la filosofía como la teología son indispensables para la realización plena del potencial humano, de modo que ambas disciplinas deben considerarse como contiguas a las ciencias y otras experiencias humanas a efectos de reflexionar seriamente sobre el camino que conduce a una vida de sabiduría y a las prácticas de justicia y amor que se siguen como consecuencia.

Sin duda merece especial atención, por parte del intelectual católico, la afirmación católica de acuerdo con la cual la Iglesia no quiere, en modo alguno, restringir la investigación científica o constituir un obstáculo para el

3 Cf. Benedicto XVI (2008), Discurso a los participantes en un congreso celebrado en ocasión del décimo aniversario de la publicación de la encíclica "Fides et Ratio" del papa Juan Pablo II. Puede encontrarse la versión italiana del discurso del Santo Padre a los miembros de la COMIUCAP reunidos en Roma en Octubre de 2008 en: Capelle-Dumont, Ph. (Ed.) (2010), *Fiducia nella ragione: Convegno in occasione del X anniversario dell'enciclica Fides et ratio*, pp. 25-26.

desarrollo tecnológico de soluciones apropiadas par los muchos y diversos problemas que confronta la familia humana, en particular en los países menos desarrollados del mundo. En su discurso a los miembros de la Comiucap en 2008, el tono del Santo Padre fue particularmente decidido al alentar lo que podría considerarse como una renovación del pensamiento en el contexto católico. En efecto, para el papa Benedicto resulta particularmente claro que en nuestros días necesitamos, más que nunca, un sentido renovado de la importancia de la conciencia cultural y del discernimiento político a efectos de afirmar plenamente la naturaleza y la constitución de la razón humana. El *logos* que habita en la persona humana puede re-crear en el ser humano lo que este es por naturaleza, promoviendo y apuntalando de ese modo el despertar y la responsabilidad morales que se necesitan a la hora de hacer frente a los dilemas que encara la humanidad en nuestra era global de ciencia y tecnología. Personalmente, estoy convencido de que, en nuestra era post Concilio Vaticano, una de las tareas más urgentes para la actividad intelectual de la Iglesia tiene que ver con la necesidad de hallar respuestas sustanciales al largo escándalo de violencia del hombre contra el hombre; en particular, respuestas a cualquier intento de aprobar "religiosamente" las prácticas violentas contra el otro⁴.

Falta mucho para completar el trabajo que comenzó en el Concilio, y la Iglesia debe seguir esforzándose por avanzar. En este sentido, creo que las palabras ofrecidas por el papa Benedicto a la Comiucap en 2008 bien podrían valer para cualquiera de nosotros aquí o para los miembros de cualquier institución católica de educación superior a lo largo del mundo. Se trata, precisamente, de que las instituciones católicas siguen haciendo frente al deseo, las esperanzas y las necesidades de la Iglesia universal, especialmente respecto de las tareas implicadas en la necesidad cultural de que surja un humanismo nuevo y auténtico, en la medida en que sabemos que ningún *humanismo* puede ser auténtico o suficientemente *humano* si no se halla sustancialmente abierto al misterio de la trascendencia, vale decir, si no se halla enraizado en la búsqueda de una sabiduría que sea verdadera, que induzca el cambio y, por tanto, que exprese en el ámbito cultural la dimensión metafísica de nuestro ser. El *humanismo* que atiende a la Misión de la Iglesia en el mundo de hoy es aquel que se vuelve capaz de ayudar a que las culturas, en su multifaria diversidad, alcancen su objetivo inmanente de encontrar respuestas para los problemas y predicamentos humanos, respuestas que sean tanto auténticamente abiertas a la razón como respetuosas de la dimensión trascendente de nuestra experiencia ontológica como seres-en-el-mundo.

4 Cf. Dohmen, C. (Ed.) (2007), *Die "Regensburger Vorlesung" Papst Benedikts XVI. im Dialog der Wissenschaften*.

Para la visión católica de las cosas, la búsqueda de la sabiduría constituye un proceso que debe integrar necesariamente tanto a la fe como a la razón, de modo que únicamente una perspectiva “holista” puede corresponderse verdaderamente con el desafío de renovar la Misión educativa de la Iglesia. Pero, por cuanto lo que nos ocupa aquí hoy es especialmente el papel de disciplinas como la filosofía y la teología en un contexto eclesial, diría más bien que tenemos una gran necesidad de llamar la atención acerca de los retos intelectuales, profundos y sumamente acuciantes, que enfrenta la Iglesia ante las culturas y civilizaciones del mundo. En este sentido, creo que puede obtenerse mucha luz para las inquietudes normales de cualquier institución católica de educación superior a partir del modo en que el papa Benedicto XVI articuló el asunto de la verdad sobre la base de una exégesis muy breve de un pasaje de *De vera religione* de San Agustín, sobre el cual comentó lo siguiente a los miembros de la Comiucap:

La lección que nos da Agustín es muy significativa, incluso en el contexto actual: “¿qué otra cosa aparte de la verdad alcanza alguien que usa bien la razón?” pregunta el santo Obispo de Hipona. “La verdad no se obtiene por sí misma con el razonamiento, sino que es aquello que buscan quienes usan la razón... Confiesa que no eres la verdad, pues no eres aquello que se busca por sí mismo; por otra parte, no la has alcanzado pasando de un lugar a otro, sino buscándola con la disposición de tu mente” (*De vera religione*, 39, 72). En otras palabras, sea cual sea el lugar de donde provenga la búsqueda de la verdad, se mantiene como un hecho dado que ésta se ofrece y es reconocible del modo en que se halla presente ya en la naturaleza. La inteligibilidad de la creación, en efecto, no es el resultado del esfuerzo del científico, sino una condición que se le ofrece para permitirle descubrir la verdad que está presente en ella. “El proceso de razonar no crea estas verdades, sino que las descubre”, continúa Agustín en su reflexión. “Por lo tanto, perduran en sí mismas. incluso antes de que sean descubiertas, y al ser descubiertas nos renuevan (Ibid.,39, 73). En resumen, la razón debe seguir su curso, fortalecida por su autonomía y su rica tradición intelectual.”⁵

El asunto destacado tiene que ver, ciertamente, con la importancia de dejar que la razón “siga su curso” y, en consecuencia, con entender lo importante que resulta para la fe cristiana que la razón siempre se mantenga “fuerte” y “autónoma”. Además, el papa Benedicto también afirma el valor y la importancia de familiarizarnos con la “tradición intelectual”, o las tradiciones, que dieron lugar a esa “autonomía de la razón” que se halla en el centro de la visión moderna del mundo, algo que el pedagogo y pensador cristiano

⁵ Benedicto XVI (2008): Discurso; para el texto italiano, véase Capelle-Dumont, Ph. (Ed.) (2010), *Fiducia nella ragione*, pp. 27-28.

siempre debe respetar y seguir, sin temor, junto con el camino que es Cristo, el hijo encarnado de Dios, hijo del hombre.

Creo, en efecto, que una de las metas principales que debemos fijarnos a fin de llevar a la realidad las determinaciones del Vaticano II respecto de la actividad educativa de la Iglesia consiste en encontrar caminos para el establecimiento, tanto de manera formal como informal, de un discernimiento continuo acerca de las consecuencias que se derivan de las posiciones magisteriales en torno al papel específico y a la misión tanto de la filosofía como de la teología en el contexto cultural (y pastoral) de la Iglesia de hoy. En efecto, la tarea inmediata es de tal tipo que no solo debemos atender a las palabras del papa Juan Pablo II en la encíclica *Fides et Ratio*, sino también a las extensas enseñanzas del papa Benedicto XVI sobre el papel de la razón y sus subsecuentes implicaciones para el trabajo de la teología y la acción pastoral de la Iglesia. La comprensión de la experiencia religiosa de la humanidad es algo que la Iglesia del período posterior al Vaticano II ha elevado a un impresionante nivel de reflexión pastoral, como podemos ver, por ejemplo, en los discursos memorables presentados por el papa Benedicto en la Universidad de Regensburg en 2006, en el Colegio de los Bernardinos en París en 2008, en el Westminster Hall en Inglaterra en 2010 y, más recientemente, en el Bundestag alemán en Berlín (22 de septiembre de 2011).

Pero creo también que la lógica de la declaración *Gravissimum educationis*, particularmente en sus consideraciones sobre la importancia de la cooperación entre instituciones y agentes de la educación católica, hace todos los que estamos involucrados de forma específica con las áreas de la filosofía y la teología consideremos la necesidad de un tipo de acción orientada hacia líneas de acción como las siguientes: 1. Promoción de la calidad y la diversidad en la investigación y la enseñanza en el contexto diversificado de la educación superior católica; 2. Promoción de un desarrollo sustentable en campos de la investigación que a los que pudiera reconocérseles particular relevancia para el desarrollo de la identidad y la misión de la universidad católica en el mundo de hoy; 3. Compromiso con el proceso de identificación de situaciones y problemas en las sociedades y culturas contemporáneas que pudieran generar, o simplemente exigir, nuevas maneras de pensar de acuerdo con los valores del Evangelio y las enseñanzas de la(s) tradición(es) cristiana(s), de modo que se le conceda especial atención a la necesidad de promover y subrayar la relevancia especial y la importancia de disciplinas como la filosofía en el contexto de la educación superior católica contemporánea; promover intercambios cooperativos de información y servicios entre los hombres y las mujeres católicos dedicados a la investigación y enseñanza profesionales en los diferentes campos que pertenecen al desarrollo de una universidad

católica; 5. Buscar activamente caminos para facilitar el intercambio tanto de estudiantes como de profesores entre las instituciones católicas de educación superior a escala global; 6. Compromiso activo con el desarrollo de estrategias cooperativas para ayudar a quienes ocupan posiciones de liderazgo en las instituciones católicas de educación superior, a fin de que cumplan mejor sus papeles y su misión; 7. Promoción efectiva de una relación cada vez más vital y dialógica entre las disciplinas, comenzando con la filosofía y la teología sin olvidar el resto de las disciplinas y ciencias, especialmente aquellas orientadas de manera más específica hacia el estudio de la condición humana en el mundo.

Realmente, la misión educativa de la Iglesia en el mundo globalizado de hoy, especialmente en lo relacionado con las tareas propias de la teología y la filosofía, exige de todos los participantes en el proyecto educativo un compromiso serio con la búsqueda de nuevos caminos y estrategias que permitan un diálogo más efectivo entre esferas aparentemente tan heterogéneas como las de ciencia y religión, fe y conocimiento, ética y economía, persona y sociedad, cultura(s), religión y verdad.

Además, en un mundo tan desfigurado por la violencia y la intolerancia, que todavía carece de estructuras de paz y justicia, también parece claro que quien esté al servicio del ideal católico de universidad no puede sino tratar de responder al llamado del papa Benedicto XVI, procediendo con ello a un reordenamiento de las prioridades, particularmente en la medida en que lo que se halla en cuestión aquí es el énfasis renovado del papel crucial que tiene que desempeñar la educación en el futuro de la Iglesia y del mundo. En mi opinión, por lo tanto, los esfuerzos educativos de la Iglesia en el mundo de hoy solamente serán posibles si se basan en una visión integral de lo que es propiamente el ser humano, y esto equivale a decir que tanto la filosofía como la teología deben trabajar conjuntamente para proponer una imagen renovada de los seres humanos como esa realidad que, hablando filosóficamente, se descubre a sí misma tanto como un ser-en-el-mundo profundamente enraizado en la inmanencia y un ser-para-otros infinitamente abierto a las exigencias de trascendencia personal.

En términos de la experiencia religiosa de la humanidad, estoy realmente convencido de que la filosofía tiene una tarea muy especial a desempeñar, a saber, clarificar en términos fenomenológicos las estructuras de las multifarías y diversas manifestaciones del espíritu religioso presentes en las culturas de la humanidad alrededor del mundo. En el caso de África o Asia, por ejemplo, esto podría equivaler a una investigación sobre la auténtica relación entre la fe cristiana y las formas tradicionales de religión, aun cuando la pregunta religiosa es de la mayor universalidad y exige continua aclaración y purificación. Por

esto considero que una red como Comunicap debe convertirse en ejemplo de instrumento destinado a ayudar a las instituciones católicas de educación superior en el proceso de promover no solo una formación académica adecuada de los futuros agentes pastorales de la Iglesia sino también una comprensión pública de los dogmas de la fe cristiana que son relevantes para la autocomprensión humana en la actualidad, con independencia de la perspectiva (antropológica, sociológica, histórica, política, estética, etc.) respecto de las cosas que pudiera sentirse inclinado a adoptar cada uno. Al final, sin embargo, todos nuestros esfuerzos a favor de la cooperación deben volverse inseparables del esfuerzo por encontrar, y articular, cuestiones y métodos apropiados para el proceso múltiple inherente al predicamento de una humanidad necesitada de reflexionar, con creatividad intelectual y precisión, sobre las implicaciones de esa "vida en Cristo" que la Iglesia propone y ofrece con la mediación de incontables culturas y diversas civilizaciones.

En la situación cultural actual, particularmente del modo en que esta se refleja en la vida de las universidades alrededor del mundo, la búsqueda de cooperación académica debería estar entre las principales prioridades de los dirigentes tanto de la Iglesia como de la universidad en sí. Más que nunca necesitamos trabajar intensamente para promover modos y estrategias conducentes al desarrollo, tanto en sentido teórico como práctico, de un humanismo nuevo y sostenible, que permanezca abierto a la trascendencia y esté decidido a evitar las trampas ideológicas, así como la tentación de confundir la exigencia ética con meros formalismos lingüísticos. El humanismo que creo que necesita la Iglesia, y que la universidad está llamada a promover, debe desarrollarse en intercambio continuo con las grandes tradiciones culturales de la humanidad, esto es, con una apertura rigurosa y continua a las contribuciones de las diversas culturas del mundo a lo largo de continentes, tradiciones y civilizaciones.

Pero, con la finalidad de alcanzar tales metas, creo también que la universidad católica necesita trabajar hacia el desarrollo de un renovado sentido de la metafísica, buscando mediante todos los medios posibles caminos para ofrecer, en las principales lenguas del mundo actual, aquellos medios racionales y modelos intelectuales que son necesarios y exigidos a efectos de cualquier reconocimiento cabal y promoción razonable de la apertura estructural inherente al logos humano, es decir, a la razón humana como tal. Como lo ha estado enseñando el papa Benedicto de modo tan persuasivo, un enfoque de tal naturaleza en torno a la razón resulta tanto más necesario cuando reconocemos que los logros de la razón humana deben pasar, necesariamente, por una óptica susceptible de referir todos los aspectos

de la realidad al misterio trascendente que es Dios y que refleja de forma tan profunda la persona humana.

Un fin tal, por otra parte, puede alcanzarse únicamente mediante un diálogo serio y constructivo con antropologías y cosmologías contemporáneas, con las diversas teorías relacionadas con la comprensión de la persona humana, a saber como ser social y lingüístico, con los diversos modelos de actividad económica y política, con los hechos de la historia, con la creatividad artística, con la fenomenología de todos los segmentos de la realidad humana. Y esto es tanto más importante cuanto que tendrá efectos en el proceso formativo de los y las jóvenes que son y seguirán siendo confiadas a las instituciones católicas de educación superior alrededor del mundo.

El centro de mi propuesta consiste en considerar cómo uno de los servicios más relevantes que puede ofrecer la universidad católica en el mundo actual se refiere a esa *diaconía* de la verdad y la justicia que vemos reflejada en expresiones destacadas del magisterio de la Iglesia; en realidad, consiste en mantener con vida, relevante y sustentable, el dinamismo propio de una fe que busca comprensión y hace justicia, especialmente en una época en la que millardos de seres humanos son llamados a vivir como compañeros en un proceso cultural multidimensional en grado creciente y estructuralmente global. Por lo tanto, tenemos que reconocer que la existencia y misión de la universidad católica, al igual que las estrategias concomitantes de desarrollo y cooperación, son inseparables de ese *desiderátum* expuesto por el papa Benedicto XVI en el centro de la encíclica *Caritas in veritate*, a saber, aquel que le recuerda a cualquier institución eclesial el deber (religioso) de contribuir al *desarrollo integral* de todas y cada una de las personas que son parte de ella, así como de cualquier comunidad en la que se inserte.

En este sentido, me parece obvio que ante nuestros ojos está la necesidad de asegurar que las universidades e institutos católicos de enseñanza superior a lo largo del mundo lleguen a experimentar nuevamente el impulso de concitar esfuerzos y recursos a fin de promover también ese espíritu de trabajo cooperativo que, según creo, está en el corazón de cualquier ideal católico de universidad. En términos de nuestra disciplina de referencia aquí, a saber, la filosofía, me aventuraría a decir que una de las urgencias que confrontamos en el momento actual es la necesidad de continuar esforzándonos por hacer que la filosofía y la teología puedan desempeñar, en el contexto cultural moderno y postmoderno de nuestro tiempo, el papel que siempre tuvieron en la Iglesia, esto es, el de educar a los hombres y las mujeres en un enfoque integrador y respetuoso de valores como la verdad y la justicia, la dignidad y la solidaridad, la libertad y la responsabilidad, la belleza y la generosidad, la razón y la tolerancia.

La figura paradigmática del beato John Henry Newman debería por tanto continuar siendo una poderosa fuente de motivación e inspiración para las universidades e instituciones católicas alrededor del mundo, a fin de que sigan esforzándose por convertirse en parte constitutiva de la Misión de la Iglesia en el mundo. Estoy realmente convencido de que encontrar maneras adecuadas y eficaces de trabajo en equipo entre las instituciones católicas de educación superior resulta ahora, en la época de la globalización, aún más crucial, pues la concreción de esa "idea de universidad" que de forma tan elocuente propuso el beato Newman hace más de un siglo es, en mi opinión, uno de los más grandes servicios que nuestras universidades deberían esforzarse en ofrecerse a sí mismas en el momento actual.

Realmente, en una época como la nuestra, tan dominada por la semántica de la *crisis*, es sumamente relevante que la Iglesia continúe afirmando una férrea fe en que las universidades e instituciones católicas de educación superior contribuyan de una manera eficaz al esfuerzo global por sacar a la gente de situaciones en las que, en diversos sentidos, el ser humano permanece encarcelado por las cadenas de la mediocridad y la superficialidad, la ignorancia y la falta de autenticidad, la injusticia, el error y la inseguridad. En verdad espero que el trabajo desempeñado por una red como Comiucap ayudará a que muchos colegas reconozcan la importancia de tomar muy serio el mensaje que ofreció el papa Benedicto, al alentar a la comunidad mundial de filósofos católicos (profesores y estudiantes) a desarrollar maneras creativas y renovadas para ofrecer el debido reconocimiento al hecho de que la(s) cultura(s) humana(s) son tanto más fecundas cuanto más abiertas se hallan a la verdad y, por tanto, cuanto más se ponen en posición de ser guiadas por esa luz cuyo resplandor es inteligencia en el sentido más justo del término. El esfuerzo de participar en el proceso de humanización del mundo es equivalente al esfuerzo de hacerlo también más divino, esto es, más auténtico y más disfrutable, más justo y más hermoso. De esto se sigue la particular importancia de subrayar lo que le dijera el papa Benedicto XVI a los miembros de la Comiucap presentes en Roma en ocasión de la conmemoración de los primeros diez años de la publicación de *Fides et Ratio*: "la búsqueda de la verdad da fruto al máximo cuando se sostiene en el amor por la verdad".

Propongo, pues, que el trabajo conjunto entre las instituciones católicas y las personas que las hacen funcionar debería ser parte de la estructura institucional de esa búsqueda de la verdad y la fe que es tan característica de la condición humana; pero ser parte no solo de esa búsqueda, sino también de la promoción del amor y la justicia y, en el proceso, alcanzar esa bondad y belleza que tanto importan a efectos de alcanzar la felicidad humana ya en este mundo. E incluso otra certeza que también me acompaña, a saber, que cuando

nuestras instituciones se mantienen a la altura de la promesa entreverada en nuestra condición católica, entonces no podemos dejar de tener nuevamente la experiencia de que aumenta el impacto que estamos destinados a tener en las generaciones más jóvenes de hoy, así como en las del mañana. Las redes cooperativas que hace décadas sugería *Gravissimum educationis* deberían, por lo tanto, tener como objetivo la promoción combinada de la verdad y la justicia en el mundo. En otras palabras, necesitamos afrontar las tareas educativas que tenemos como parte de un dinamismo que, siendo profundamente inherente al espíritu humano, requiere en grados cada vez mayores la contribución de la reflexión tanto teológica como filosófica a fin de transformar la misión y las múltiples tareas de la universidad en una búsqueda pluriforme de las muchas maneras en las cuales, y a través de las cuales, los estudiantes católicos de hoy y del mañana no solo se ocupan de todo aquello que sea útil y pragmáticamente aprovechable sino también, y nada menos, de todo lo que puede amarse, lo que es bello y bueno en un sentido trascendental.

Finalmente, puesto que la identidad y la misión de una red como Comiucap consiste en trabajar en función del objetivo de hacer que las causas de la filosofía resulten más visibles y sustentables, más creativas y eficaces en los contextos culturales actuales, insisto nuevamente en la importancia de reconocer cuan necesario resulta el continuar actualizando las tesis básicas de una declaración como *Gravissimum educationis*, promulgada durante los últimos días del Vaticano II. En verdad, los agentes de la educación católica, particularmente de tercer nivel, han de continuar desarrollando toda línea de pensamiento que conduzca a la profundización de la base antropológica que se halla tras el trabajo educativo de la Iglesia, encontrando al mismo tiempo nuevos caminos para alcanzar una cooperación seria y consistente entre las personas comprometidas con la tarea de hacer presentes, dentro de los límites de la Iglesia y el mundo, los múltiples dones que identificara el cardenal Newman en el siglo XIX y consagrara seguidamente como partes constitutivas de lo que merece y tiene que ser considerado el ideal perenne de universidad católica, un ideal que verdaderamente sigue siendo en la actualidad una de las tareas más importantes que la Iglesia del período posterior al Vaticano II debe seguir desarrollando seriamente, tanto en términos de una comprensión más profunda como de un espíritu cada vez más eficaz de realización práctica.

Concluyo con las siguientes palabras, tomadas del "Mensaje al pueblo de Dios", pronunciado ante los obispos del último sínodo, reunido en Roma hace unos meses:

La nueva evangelización tiene en su centro a Cristo y la atención a la persona humana, para dar vida a un real encuentro con él. Pero sus horizontes son tan largos como el mundo y no se cierran a ninguna experiencia del hombre.

Esto significa que aquella cultiva con particular cuidado el diálogo con las culturas, en la confianza de poder encontrar en cualquiera de ellas las "semillas del Verbo", del cual hablaban los Padres antiguos. En particular, la nueva evangelización necesita una alianza renovada entre fe y razón, en la convicción de que la fe tiene sus propios recursos para acoger cualquier fruto de una razón sana, abierta a la trascendencia, así como la fuerza para sanar los límites y las contradicciones en las que puede caer la razón. La fe de ninguna manera cierra los ojos ante las lacerantes preguntas que plantea la presencia del mal en la vida y en la historia de los hombres, proporcionando luz de esperanza desde la Pascua de Cristo.

El encuentro entre la fe y la razón nutre también el esfuerzo de las comunidades cristianas en el campo de la educación y de la cultura. Un puesto especial lo ocupan a este respecto las instituciones de formación e investigación: escuela y universidad. En cualquier lugar en el que se desarrollan los conocimientos del hombre y se lleva a cabo la acción educativa, la Iglesia está encantada de llevar su experiencia y contribución en la formación integral de la persona. En este ámbito se reserva especial atención a la escuela y a las universidades católicas, en las cuales la apertura a la trascendencia, propia de cualquier itinerario cultural y educativo sincero, debe completarse con caminos de encuentro con el alumbramiento de Jesucristo y su Iglesia. Llegue la gratitud de los obispos a quienes, en condiciones a veces difíciles, asumen el compromiso.

Gracias.